

ESTRUCTURA SOCIAL, DESIGUALDAD Y PROTECCIÓN INSTITUCIONAL EN MÉXICO. UN ANÁLISIS GENERACIONAL DE EDUCACIÓN, TRABAJO E INGRESO, SEGURIDAD SOCIAL, VIVIENDA Y SITUACIÓN CONYUGAL

Introducción

El análisis de la desigualdad en México ha sido tradicionalmente abordado desde perspectivas agregadas como la pobreza total, distribución del ingreso, crecimiento económico o cobertura de programas sociales. Sin embargo, estos enfoques tienden a ocultar una dimensión central del problema contemporáneo, la desigualdad intergeneracional. Las condiciones de vida, las oportunidades reales y el acceso efectivo a derechos no solo difieren entre individuos o territorios, sino que se estructuran de manera sistemática según la generación a la que se pertenece. Nacer en un determinado momento histórico en México implica enfrentar un conjunto específico de restricciones y oportunidades que condicionan de forma profunda la trayectoria educativa, laboral, patrimonial y social de las personas.

En los últimos años, México ha experimentado transformaciones relevantes en su estructura social, en el funcionamiento del mercado laboral y en el diseño de su política social. Estas transformaciones no han afectado de manera homogénea a todas las generaciones. Mientras algunas generaciones lograron consolidar trayectorias relativamente estables en términos de empleo, seguridad social y acumulación patrimonial, otras enfrentan contextos marcados por la precarización laboral, la fragmentación institucional y el debilitamiento del acceso efectivo a servicios públicos fundamentales. El resultado es un escenario de tensión generacional, donde conviven generaciones con distintos grados de protección, vulnerabilidad y dependencia del Estado.

Este documento parte de la premisa de que la desigualdad en México no puede comprenderse plenamente sin incorporar una lectura generacional. La estructura social no es estática, se construye y reproduce a través del tiempo, y sus efectos se manifiestan de forma diferenciada según el momento histórico en que los individuos transitan por etapas clave del ciclo de vida, como la inserción educativa, la entrada al mercado laboral, la formación de un hogar o el acceso a mecanismos de protección social. Analizar estas trayectorias permite identificar no solo quiénes están en desventaja, sino cuándo y por qué se generan dichas desventajas.

En este marco, la noción de protección institucional resulta central. Más allá de la existencia formal de derechos sociales, lo relevante es el acceso efectivo a los sistemas que los garantizan: educación, empleo formal, seguridad social, atención médica y vivienda. La evidencia sugiere que estos sistemas han perdido capacidad de integración para amplios segmentos de la población, especialmente entre las generaciones más jóvenes. La protección institucional se ha vuelto fragmentada,

desigual y crecientemente dependiente de la posición laboral, el territorio y el origen social, lo que refuerza brechas estructurales a lo largo del tiempo.

El periodo analizado, comprendido entre 2018 y 2024, es particularmente pertinente para observar estas dinámicas. Se trata de una etapa marcada por cambios significativos en la orientación de la política social, por transformaciones en el mercado de trabajo y por tensiones crecientes en los sistemas de salud y seguridad social. Estos procesos han reconfigurado la relación entre el Estado y las distintas generaciones, modificando los mecanismos de inclusión, exclusión y dependencia económica. Más que evaluar políticas específicas, este estudio se enfoca en sus resultados estructurales, observando cómo se redistribuyen los riesgos y las protecciones entre generaciones.

El objetivo de este artículo es analizar la estructura social contemporánea de México desde una perspectiva generacional, identificando patrones diferenciados de desigualdad, vulnerabilidad y protección institucional. A partir de un enfoque empírico basado en información sociodemográfica, económica y social, se examinan dimensiones clave como la clase social, la pobreza, la educación, la inserción laboral, el ingreso, la seguridad social, la atención médica y la vivienda. Estas dimensiones se analizan de manera integrada para reconstruir las trayectorias de vida típicas de cada generación y evaluar el grado de tensión existente entre ellas.

La contribución principal del estudio radica en mostrar que la desigualdad en México no es únicamente un problema de nivel, sino de estructura y temporalidad. Las generaciones no solo heredan un país con determinadas condiciones económicas y sociales, sino también un conjunto de instituciones más o menos capaces de garantizar derechos y reducir riesgos. Cuando estas instituciones se debilitan o se fragmentan, las consecuencias no se distribuyen de manera uniforme recaen de forma desproporcionada sobre quienes transitan por etapas críticas de su vida en contextos adversos.

Finalmente, se propone que la discusión sobre desigualdad y política social en México debe incorporar explícitamente la dimensión generacional. Sin esta perspectiva, existe el riesgo de diseñar políticas que atiendan síntomas inmediatos sin abordar las causas estructurales de la reproducción de la desigualdad. Comprender las tensiones entre generaciones no solo es fundamental para evaluar el desempeño del Estado, sino también para pensar en un modelo de desarrollo más equitativo, sostenible y socialmente integrado en el largo plazo.

Evidencia

Parte 1. Valores, trabajo e instituciones: orientaciones generacionales frente al Estado y el futuro

La Generación Silenciosa, integrada por personas de 78 años y más, constituye el grupo más reducido en términos demográficos, con 3.1 millones de personas,

equivalentes al 2.4 % de la población nacional. Se trata de una generación cuya filosofía vital puede caracterizarse como un estoicismo práctico, forjado en contextos de escasez, reconstrucción y alta disciplina social. Su relación con el trabajo está marcada por la idea del deber cumplido. El trabajo fue concebido como sacrificio, obligación moral y medio de subsistencia más que como espacio de realización personal. En el plano religioso, predomina una religiosidad tradicional, profundamente institucionalizada, que funcionó como soporte moral y comunitario a lo largo del ciclo de vida. Su vínculo con el Estado y la política se caracteriza por una alta valoración del orden y la autoridad, con lealtades políticas estables y preferencia por partidos tradicionales. En términos de orden social, esta generación tiende a aceptar estructuras jerárquicas y normas establecidas. Su horizonte de futuro es necesariamente corto y se orienta principalmente a la seguridad, la salud y los cuidados, más que a expectativas de transformación social.

Los Baby Boomers, con edades aproximadas entre 60 y 78 años, representan una generación mucho más numerosa, con 16.5 millones de personas, es decir, 12.7 % del total nacional. Su filosofía vital puede describirse como un humanismo desarrollista, asociado a una etapa histórica donde el crecimiento económico y la expansión urbana abrieron posibilidades de movilidad social. Para esta generación, el trabajo fue central como vía de ascenso social y acumulación patrimonial, y aún conserva un fuerte valor identitario. En el ámbito religioso, mantienen una religiosidad media-alta, menos rígida que la de la generación precedente, pero todavía relevante como referencia cultural. Su relación con el Estado y la política se caracteriza por una visión institucionalista y pragmática, con preferencias por la estabilidad económica y el funcionamiento de las estructuras formales. En cuanto al orden social, los Baby Boomers tienden a defender un marco institucional que garantice certidumbre y continuidad. Su horizonte de futuro es defensivo; la prioridad no es transformar, sino proteger lo acumulado y asegurar condiciones de estabilidad para el retiro y el legado familiar.

La Generación X, conformada por 25.0 millones de personas y equivalente al 19.2 % de la población, se ubica en una posición intermedia tanto demográfica como estructural. Su filosofía vital puede sintetizarse como un pragmatismo defensivo, producto de haber transitado procesos de ajuste económico, cambios en el mercado laboral y debilitamiento gradual de las instituciones de protección social. El trabajo ocupa un lugar central en su identidad, no como promesa de realización, sino como obligación permanente y principal mecanismo de sostén económico. Esta generación enfrenta la máxima presión laboral y familiar, lo que condiciona su visión del futuro. En el ámbito religioso, mantiene una relación más distante y selectiva con las instituciones, con menor centralidad que en generaciones previas. Su vínculo con el Estado y la política es ambivalente; por una parte, reconoce la necesidad de las instituciones, pero por otra parte expresa una actitud crítica y volátil, evaluando su desempeño más que su ideología. En términos de orden social, privilegia la funcionalidad por encima del ideal normativo. Su horizonte de futuro está marcado por la incertidumbre, particularmente en relación con el retiro, la seguridad económica y las oportunidades para sus hijos.

Los Millennials, que suman 29.4 millones de personas y representan 22.6 % de la población, constituyen una de las generaciones más numerosas y socialmente relevantes. Su filosofía vital puede caracterizarse como un individualismo crítico, surgido en un contexto de alta escolarización, pero también de creciente precarización laboral. Para esta generación, el trabajo tiene un carácter instrumental y fragmentado, es decir, es un medio para sostenerse, pero rara vez se percibe como fuente estable de identidad o seguridad de largo plazo. En el plano religioso, predomina una baja religiosidad institucional, sustituida en muchos casos por formas de espiritualidad individual o por una desvinculación completa. Su relación con el Estado y la política está atravesada por la desconfianza, percibiendo al Estado como un deudor de derechos no cumplidos. Esto se traduce en comportamientos políticos volátiles, voto de castigo y escasa identificación partidista. En cuanto al orden social, los Millennials tienden a cuestionar las estructuras existentes y demandan mayor equidad. Su horizonte de futuro es tensionado y combina diversas expectativas de mejora con una fuerte preocupación por la falta de estabilidad patrimonial y de protección institucional.

La Generación Z, integrada también por 29.4 millones de personas (22.6 % del total), expresa una filosofía vital marcada por el escepticismo institucional. Su inserción al mundo del trabajo es temprana y parcial, y el empleo no constituye un eje identitario central. A diferencia de generaciones anteriores, esta generación muestra una distancia aún mayor respecto de las instituciones religiosas, con una baja afiliación y una clara desvinculación de prácticas tradicionales. En el ámbito político, predomina una actitud antipartidista, con mayor afinidad por causas específicas, ambientales, de género o de derechos— que por organizaciones políticas formales. Su visión del orden social rechaza jerarquías rígidas y privilegia relaciones más horizontales. El horizonte de futuro de la Generación Z es ambivalente, conviven el deseo de cambio y transformación con una percepción generalizada de incertidumbre estructural.

Finalmente, la Generación Alfa, compuesta por menores de 13 años, es ya uno de los grupos más numerosos del país, con 26.8 millones de personas, equivalentes al 20.6 % de la población nacional. Su filosofía vital aún se encuentra en formación, pero puede describirse como una hiperadaptación temprana, mediada por la tecnología y el entorno familiar. No existe todavía una relación directa con el trabajo, que permanece como una noción abstracta. La religión, en esta etapa, está completamente mediada por el hogar, sin una institucionalización propia. Su socialización política es incipiente y ocurre principalmente a través de entornos digitales. En términos de orden social, la experiencia se construye en espacios virtuales y tecnológicos más que en instituciones tradicionales. El horizonte de futuro de esta generación es heredado; sus oportunidades y riesgos estarán profundamente condicionados por la estructura social, económica e institucional que reciban de las generaciones anteriores.

Tabla 1. Filosofías y perspectivas generacionales en México (con tamaño poblacional)

Generación	Edad aproximada	Tamaño poblacional	Filosofía vital dominante	Perspectiva del trabajo	Relación con la religión	Relación con el Estado y la política	Visión del orden social	Horizonte de futuro
Silenciosa	78+ años	3.1 millones (2.4%)	Estoicismo práctico	Trabajo como deber cumplido; sacrificio previo	Alta religiosidad tradicional; anclaje moral	Estado como autoridad y garante del orden; lealtad a partidos tradicionales	Orden jerárquico, estabilidad y obediencia	Futuro corto; prioridad en seguridad y cuidados
Baby Boomers	60-78 años	16.5 millones (12.7%)	Humanismo desarrollista	Trabajo como vía de ascenso y logro patrimonial	Religiosidad media-alta, más cultural que doctrinal	Estado como motor de progreso; voto institucional y pragmático	Orden institucional con expectativas de movilidad	Futuro defensivo; proteger lo acumulado
Generación X	44-59 años	25.0 millones (19.2%)	Pragmatismo defensivo	Centralidad del trabajo; máxima presión laboral	Religiosidad media; distancia institucional	Estado como árbitro imperfecto; voto crítico y volátil	Orden funcional, no ideal	Futuro incierto; preocupación por retiro e hijos
Millennials	28-43 años	29.4 millones (22.6%)	Individualismo crítico	Trabajo instrumental y fragmentado; búsqueda de sentido	Baja religiosidad institucional; espiritualidad individual	Estado como deudor de derechos; voto de castigo y desconfianza partidista	Orden cuestionado; demanda de justicia	Futuro tensionado; expectativas moderadas
Generación Z	14-27 años	29.4 millones (22.6%)	Escepticismo institucional	Inserción temprana y parcial; trabajo no identitario	Muy baja religiosidad; rechazo institucional	Anti partidismo; afinidad por causas, no por partidos	Rechazo a jerarquías tradicionales	Futuro ambivalente; cambio con incertidumbre
Generación Alfa	<13 años	26.8 millones (20.6%)	Hiperadaptación temprana	Dependencia total; trabajo aún abstracto	Religión mediada por el hogar	Socialización política en formación; alta influencia digital	Orden mediado por tecnología	Futuro heredado; altamente condicionado

Fuente: elaboración propia con datos de la ENIGH

Parte 2. Educación y herencia generacional: desigualdad acumulada y cambio estructural

La estructura educativa de la población mexicana en 2024 revela con claridad que la educación no es sólo un logro individual, sino una herencia generacional profundamente desigual, marcada por el contexto histórico, el acceso institucional y las condiciones económicas de cada generación. El cuadro muestra una transición lenta pero incompleta desde un país de baja escolaridad hacia uno con mayor educación media y superior, aunque con fuertes brechas entre generaciones.

En la generación silenciosa, conformada por personas de 78 años o más, la escolaridad está dominada por niveles básicos o inexistentes. De cada 100 personas de esta generación, 28 no cuentan con ningún nivel educativo y 51 sólo alcanzaron primaria, lo que implica que casi 8 de cada 10 personas mayores no superaron la educación básica. Apenas 7 de cada 100 cursaron secundaria y menos de 3 llegaron a preparatoria. El acceso a la educación superior es excepcional, sólo 5 de cada 100 cuentan con licenciatura, y los niveles de posgrado son prácticamente residuales. Este patrón refleja un México rural, desigual y con baja cobertura educativa durante la primera mitad del siglo XX, cuyos efectos siguen presentes en la estructura social actual, especialmente en términos de ingreso, salud y dependencia económica.

Entre los baby boomers, se observa una mejora importante, pero aún limitada. De cada 100 personas, 10 no tienen estudios y 42 sólo cursaron primaria, lo que

significa que más de la mitad permanece en niveles educativos bajos. Sin embargo, la secundaria adquiere mayor peso, con 18 de cada 100, y la preparatoria alcanza casi 9 personas. La educación superior comienza a expandirse; 12 de cada 100 cuentan con licenciatura, aunque los estudios de posgrado siguen siendo marginales. Esta generación refleja el inicio de la expansión educativa del Estado mexicano, pero también sus límites, pues el acceso seguía condicionado por origen social y territorio.

La Generación X marca un punto de inflexión más claro. La proporción sin estudios cae a menos de 4 de cada 100, y la primaria deja de ser dominante, reduciéndose a 25 personas de cada 100. La secundaria se convierte en el nivel modal, con 31 de cada 100, y la preparatoria alcanza 17 personas. El acceso a la licenciatura se consolida, con 15 de cada 100, y los estudios de posgrado, aunque aún minoritarios, comienzan a aparecer con mayor claridad. Esta estructura educativa es coherente con una generación que creció durante la expansión de la educación media y superior, pero que aún enfrentó límites de cobertura y calidad.

En los millennials, el cambio educativo es aún más visible. De cada 100 personas, sólo 1.5 no tiene estudios y 12 se quedaron en primaria, lo que implica una ruptura clara con el rezago histórico. La secundaria y la preparatoria concentran una parte sustancial, con 30 y 25 personas respectivamente, pero el dato más relevante es que 26 de cada 100 millennials cuentan con licenciatura, convirtiéndose en la generación más educada en términos absolutos. Sin embargo, el acceso a posgrado sigue siendo reducido, lo que sugiere que la expansión educativa se ha concentrado en el nivel universitario, sin traducirse plenamente en especialización avanzada.

La Generación Z, aún en proceso formativo, presenta una estructura distinta. La primaria prácticamente desaparece como nivel terminal, con apenas 6 de cada 100, mientras que la secundaria (33) y la preparatoria (37) concentran la mayor parte de la generación. Esto refleja una generación que aún transita por el sistema educativo. El acceso a la licenciatura ya alcanza 21 de cada 100, lo que anticipa una continuidad en la expansión de la educación superior. Sin embargo, los niveles de posgrado son casi inexistentes, lo cual es consistente con la edad de esta población, pero también anticipa futuros cuellos de botella si el sistema no logra absorber esta demanda.

Finalmente, la Generación Alfa, integrada por menores de edad, muestra una estructura dominada por la educación básica en curso. De cada 100 personas, casi 59 se encuentran en primaria y 22 en nivel kínder, mientras que 9 no reportan escolaridad, lo que en muchos casos responde a edades tempranas. No hay presencia de educación media o superior, lo que es esperable, pero el tamaño absoluto de esta generación anticipa una presión enorme sobre el sistema educativo en los próximos años.

En conjunto, el cuadro muestra que México ha avanzado de manera clara en cobertura educativa, pero lo ha hecho de forma generacionalmente desigual. Las generaciones mayores cargan con el rezago histórico, las intermedias concentran

la transición y las jóvenes acumulan escolaridad, aunque enfrentan el riesgo de que esta mayor educación no se traduzca automáticamente en mejores ingresos, empleo formal o movilidad social. La educación, así, deja de ser una garantía y se convierte en una condición necesaria pero insuficiente para el progreso económico y social.

Tabla 2. Expansión educativa por generaciones en México 2024

Generación año 2024	Ninguno	Kínder	Primaria	Secundaria	Preparatoria	Normal	Estudios técnicos	Licenciatura	Especialidad	Maestría	Doctorado	Total
Silenciosa (<=1945)	28.24	0.04	50.51	7.18	2.90	1.13	4.29	5.02	0.19	0.42	0.09	100
Boomers (1946-1964)	10.08	0.03	42.29	18.21	8.70	1.35	4.99	12.10	0.48	1.38	0.39	100
Gen X (1965-1980)	3.69	0.03	24.97	31.25	17.13	0.33	4.55	15.45	0.29	1.89	0.42	100
Millennials (1981-199)	1.47	0.05	12.03	29.91	25.19	0.18	2.14	25.98	0.40	2.33	0.33	100
Gen Z (1997-2010)	0.74	0.05	6.41	32.71	37.44	0.08	0.92	21.28	0.07	0.30	0.01	100
Gen Alfa (menores)	9.50	21.67	58.96	9.87								100
Total	4.97	3.93	26.63	25.13	19.21	0.33	2.38	15.79	0.23	1.18	0.22	100

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

Parte 3. Trabajo, estudio y desconexión productiva: trayectorias generacionales divergentes

La relación entre trabajo, estudio y desconexión productiva muestra con gran claridad cómo cada generación ocupa un lugar distinto dentro del sistema económico mexicano, no sólo por razones de edad, sino por transformaciones estructurales en el mercado laboral, el sistema educativo y las oportunidades de inserción social. El cuadro permite observar estas diferencias de manera directa al analizar qué hacen las personas de cada 100 dentro de su generación generacional.

En la generación silenciosa, la desconexión productiva es casi total. De cada 100 personas, 87 no estudian ni trabajan, mientras que 12 siguen trabajando y apenas 1 continúa estudiando. Este patrón responde principalmente al retiro laboral asociado a la edad avanzada, pero también refleja la ausencia de esquemas amplios de reincorporación productiva o educativa para personas mayores. En términos sociales, esto implica una generación altamente dependiente de pensiones, transferencias familiares y apoyos públicos, con una capacidad muy limitada de generar ingresos propios.

Entre los baby boomers, la transición entre actividad y retiro se vuelve más visible. De cada 100 personas, 39 trabajan, 1 estudia, y 60 no estudian ni trabajan. Esto indica que una parte importante de esta generación prolonga su vida laboral más allá de las edades tradicionales de jubilación, muchas veces por necesidad económica más que por elección. Sin embargo, la mayoría ya se encuentra fuera del mercado laboral y del sistema educativo, lo que convierte a esta generación en un grupo clave para la sostenibilidad de los sistemas de seguridad social y salud.

La Generación X se consolida como el verdadero pilar productivo del país. De cada 100 personas, 72 trabajan, menos de 1 estudia, y 27 no estudian ni trabajan. Esta combinación refleja una alta integración al mercado laboral, pero también una franja relevante de exclusión productiva en edades plenamente activas. Este grupo incluye personas desempleadas, dedicadas al trabajo doméstico no remunerado, con problemas de salud o atrapadas en trayectorias laborales intermitentes, lo que representa una pérdida significativa de potencial productivo.

En los millennials, el patrón es similar, pero con matices importantes. De cada 100 personas, 75 trabajan, 2 estudian, y 23 no estudian ni trabajan. Aunque esta generación muestra una alta participación laboral, también enfrenta mayores niveles de precariedad, informalidad y rotación, lo que explica por qué una proporción relevante permanece desconectada tanto del trabajo como del estudio. Esta desconexión temprana tiene efectos acumulativos, ya que limita la adquisición de experiencia, el acceso a seguridad social y la construcción de trayectorias laborales estables.

La Generación Z presenta el perfil más contrastante. De cada 100 personas, 42 trabajan, 38 estudian, y 21 no estudian ni trabajan. Esta distribución refleja una generación partida entre quienes permanecen en el sistema educativo y quienes ingresan tempranamente al mercado laboral, muchas veces en condiciones precarias. La magnitud del grupo que no estudia ni trabaja es particularmente relevante, ya que se trata de jóvenes en etapas clave de formación, con alto riesgo de exclusión estructural si no logran reinsertarse en alguno de estos ámbitos.

Finalmente, la Generación Alfa, integrada por menores de edad, muestra un patrón dominado por la dependencia. De cada 100 personas, 85 no estudian ni trabajan, 14 sólo estudian, y una fracción mínima trabaja. Este resultado responde principalmente a la edad, pero también anticipa un reto enorme para el sistema educativo y el mercado laboral: **la incorporación futura de una generación muy numerosa que requerirá escuelas, empleos formales y mecanismos efectivos de transición hacia la vida productiva.**

En conjunto, esta tabla muestra que México enfrenta una doble presión estructural. Por un lado, generaciones intermedias sobrecargadas como principales sostenes productivos; por otro, generaciones jóvenes con trayectorias educativas y laborales fragmentadas, y generaciones mayores altamente dependientes. La coexistencia de estos patrones plantea un desafío central para la política económica y social: sin una estrategia que articule educación, empleo y protección social, la desconexión productiva tenderá a reproducirse y ampliarse en el tiempo.

Tabla 3. Estructura educativa por generación

	Sólo trabajan	Sólo estudian	Ni estudia ni trabajan	Total
--	---------------	---------------	------------------------	-------

Silenciosa (<=1945)	12.1	1	86.9	100
Boomers (1946-1964)	38.6	1.3	60.1	100
Gen X (1965-1980)	72	0.9	27.1	100
Millennials (1981-199)	75.4	2	22.6	100
Gen Z (1997-2010)	41.6	37.9	20.5	100
Gen Alfa (menores, si	0.7	13.9	85.4	100
Total	45.1	11.8	43.1	100

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

Parte 4. Seguridad social y cobertura institucional: una fractura generacional persistente

La afiliación a instituciones de seguridad social es uno de los indicadores más claros de integración formal al Estado y al mercado laboral, y el cuadro muestra que esta cobertura se distribuye de manera profundamente desigual entre generaciones. Más que un problema coyuntural, se trata de una fractura estructural que combina herencias históricas, cambios en el empleo y nuevas formas de precarización.

En la generación silenciosa, la cobertura institucional es relativamente elevada. De cada 100 personas, 71 están afiliadas a alguna institución de seguridad social, mientras que 29 no cuentan con afiliación. Este patrón es resultado de trayectorias laborales largas en un periodo donde el empleo formal era más accesible y la afiliación estaba más estrechamente ligada al trabajo. Sin embargo, el hecho de que casi tres de cada diez personas mayores carezcan de seguridad social sigue siendo crítico, dado que se trata de una población con alta demanda de servicios médicos y cuidados, lo que los coloca en una situación de vulnerabilidad severa.

Entre los baby boomers, el patrón es muy similar. De cada 100 personas, 72 están afiliadas y 28 no lo están. Esta generación todavía recoge los beneficios de un modelo laboral más estable, pero ya muestra señales de erosión. La cercanía o entrada al retiro hace que la afiliación no siempre se traduzca en ingresos suficientes, y quienes quedaron fuera del sistema formal enfrentan la vejez sin protección contributiva sólida, dependiendo de apoyos familiares o programas asistenciales.

La Generación X marca un punto de quiebre importante. Aunque sigue siendo el núcleo productivo del país, 38 de cada 100 personas no están afiliadas a ninguna institución de seguridad social, y sólo 62 cuentan con cobertura. Esta brecha revela la expansión de la informalidad, la subcontratación y los esquemas laborales atípicos que caracterizaron las últimas décadas. Se trata de una generación que trabaja, pero muchas veces sin derechos, lo que compromete no sólo su presente, sino su futura vejez.

En los millennials, la situación se agrava. De cada 100 personas, 40 no están afiliadas y apenas 60 cuentan con seguridad social. Es decir, cuatro de cada diez adultos jóvenes viven y trabajan, cuando lo hacen— sin una red institucional de protección. Esta desconexión entre empleo y derechos sociales implica trayectorias laborales fragmentadas, baja cotización y una alta probabilidad de llegar a la vejez sin pensión ni cobertura médica estable.

La Generación Z presenta el escenario más preocupante. 44 de cada 100 personas no están afiliadas, y sólo 56 cuentan con alguna forma de seguridad social. Esta generación se incorpora a la vida adulta en un mercado laboral profundamente precarizado, donde la afiliación institucional deja de ser la norma y se convierte en una excepción relativa. La consecuencia es una acumulación temprana de desprotección social que puede reproducirse durante décadas.

En la Generación Alfa, integrada por menores, el dato refleja una afiliación indirecta y dependiente. 60 de cada 100 aparecen afiliados, generalmente a través de padres o tutores, mientras que 40 no cuentan con afiliación alguna. Esta situación anticipa un riesgo intergeneracional: millones de niñas y niños crecen hoy sin una cobertura institucional garantizada, lo que reproduce desde la infancia las desigualdades del mercado laboral adulto.

En conjunto, el cuadro muestra que México avanza hacia un modelo donde la seguridad social deja de ser un derecho universal vinculado al trabajo y se transforma en un privilegio segmentado por generación. Las generaciones mayores concentran la cobertura, mientras que las generaciones jóvenes acumulan desprotección. Esta dinámica no sólo amenaza la sostenibilidad del sistema de seguridad social, sino que erosiona la cohesión social y debilita la capacidad del Estado para garantizar bienestar y estabilidad en el largo plazo.

Tabla 4. Estructura de afiliación a la seguridad social por generación

	No afiliados a instituciones de seguridad social	Afiliados a instituciones de seguridad social	Total
Silenciosa (<=1945)	29.0	71.0	100
Boomers (1946-1964)	27.8	72.2	100
Gen X (1965-1980)	38.0	62.0	100
Millennials (1981-1999)	40.1	59.9	100
Gen Z (1997-2010)	44.2	55.8	100
Gen Alfa (menores, si)	40.0	60.0	100
Total	38.6	61.4	100

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

Parte 5. Inactividad económica y ausencia de ingresos: vulnerabilidad estructural por generación

El cuadro muestra con claridad que la inactividad económica sin ingresos no es un fenómeno homogéneo, sino profundamente generacional, y que sus causas, implicaciones y riesgos varían de forma sustantiva a lo largo del ciclo de vida. En términos agregados, más de 8.39 millones de personas en México no están ocupadas y no reciben ningún ingreso, lo que constituye un núcleo duro de vulnerabilidad social que trasciende el desempleo y se vincula con dependencia, exclusión y fragilidad económica.

En la generación silenciosa, integrada por poco más de 3.12 millones de personas, se identifican 1.16 millones de personas no ocupadas sin ingreso alguno. Este grupo coincide prácticamente con el total de personas no ocupadas de la generación (1.15 millones), lo que indica que la salida del mercado laboral se traduce casi automáticamente en ausencia de ingresos propios. Aunque esta situación está asociada al retiro y a la edad avanzada, su magnitud absoluta implica una fuerte dependencia de apoyos familiares, transferencias públicas o ahorro acumulado, y expone a una parte relevante de la población mayor a riesgos de pobreza, especialmente ante enfermedades o pérdida de redes de cuidado.

Entre los baby boomers, con 16.26 millones de integrantes, la situación adquiere un carácter de transición crítica. Se registran 3.74 millones de personas no ocupadas, de las cuales 3.77 millones no reciben ingreso alguno, lo que implica que prácticamente toda la población fuera del mercado laboral en esta generación carece de ingresos propios. En términos absolutos, se trata de casi cuatro millones de personas en edades cercanas o posteriores al retiro que enfrentan su situación económica sin respaldo laboral directo, lo que presiona de manera directa los sistemas de pensiones, la seguridad social y las finanzas familiares intergeneracionales.

Tabla 5. Estructura ocupacional y de ingreso entre generaciones

	No ocupados	No reciben ingreso	No ocupados sin ingreso
Silenciosa (<=1945)	1,158,850	1,458	1,162,157
Boomers (1946-1964)	3,741,921	21,691	3,766,710
Gen X (1965-1980)	1,011,137	48,121	1,034,641
Millennials (1981-199)	623,361	14,821	632,692
Gen Z (1997-2010)	854,463	11,394	864,696
Gen Alfa (menores, si	929,235	9,710	931,000
Total	8,318,967	107,195	8,391,896

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

La Generación X, núcleo productivo del país, muestra un patrón distinto, pero igualmente preocupante. De sus 25 millones de integrantes, 1.01 millones no están ocupados, y 1.03 millones no reciben ingreso alguno. Aunque la magnitud es menor que en generaciones mayores, su relevancia estructural es alta, ya que se trata de personas en edades plenamente productivas. La ausencia de ingresos en esta etapa sugiere desempleo de larga duración, informalidad intermitente, enfermedades, responsabilidades de cuidado no remuneradas o exclusión del mercado laboral, fenómenos que erosionan el ingreso futuro y la acumulación patrimonial.

En los millennials, con una población cercana a 29.4 millones, se identifican 623 mil personas no ocupadas, de las cuales 632 mil no reciben ingreso alguno. Aunque en términos relativos esta cifra es menor, en términos absolutos representa más de medio millón de personas jóvenes-adultas sin inserción laboral ni ingreso, lo que indica trayectorias económicas frágiles en una etapa clave para la consolidación profesional, el ahorro y la formación de hogares. Esta situación tiene efectos acumulativos, ya que cada año fuera del mercado laboral reduce oportunidades futuras de estabilidad y protección social. La Generación Z, con 26.28 millones de personas, presenta 854 mil personas no ocupadas sin ingreso, una cifra elevada considerando la juventud de la generación. Este grupo concentra riesgos significativos de exclusión temprana, ya que la falta de ingreso en etapas iniciales de la vida adulta tiende a perpetuarse mediante trayectorias laborales discontinuas, baja cotización a la seguridad social y dependencia prolongada del hogar familiar.

Finalmente, la Generación Alfa, compuesta por 26.53 millones de menores, registra 931 mil personas no ocupadas sin ingreso, cifra que, aunque asociada principalmente a la edad, no deja de ser relevante. Este grupo refleja hogares donde niñas y niños crecen sin ingresos propios y dependen completamente de las condiciones económicas de los adultos, lo que amplifica la transmisión intergeneracional de la desigualdad cuando los hogares carecen de empleo estable o protección institucional.

En conjunto, esta tabla muestra que la ausencia total de ingresos afecta de manera distinta a cada generación, pero en todos los casos constituye un factor de vulnerabilidad estructural. En las generaciones mayores, se vincula al retiro sin protección suficiente; en las generaciones intermedias, al desempleo y la precariedad; y en las generaciones jóvenes, al riesgo de exclusión temprana. Lejos de ser un fenómeno marginal, esta población sin ingreso representa un desafío central para la política social, el mercado laboral y la estabilidad económica del país en el mediano y largo plazo.

Parte 6. Atención médica y desplazamiento institucional: cambios generacionales en el acceso a la salud (2018–2024)

El cuadro muestra una transformación profunda en los patrones de atención médica en México entre 2018 y 2024, marcada por un desplazamiento sistemático desde las instituciones públicas hacia alternativas privadas y de mercado, con impactos

diferenciados por generación. Este cambio no responde únicamente a preferencias individuales, sino a una reconfiguración estructural del sistema de salud que ha alterado los canales efectivos de atención para millones de personas.

En la generación silenciosa, la población atendida por alguna institución de salud se redujo de 4.0 millones en 2018 a 2.45 millones en 2024, una caída significativa asociada tanto al envejecimiento como a la pérdida de cobertura institucional. La atención en la Secretaría de Salud se redujo drásticamente, pasando de 934 mil personas en 2018 a sólo 397 mil en 2024. El IMSS también registró una caída importante, de 1.23 millones a 714 mil personas, mientras que el ISSSTE estatal prácticamente colapsó, al pasar de 297 mil atenciones a apenas 35 mil. Frente a este retroceso institucional, los consultorios privados se convirtieron en el principal canal de atención, atendiendo a 1.06 millones de personas mayores en 2024, una cifra que, aunque menor que en 2018, adquiere mayor peso relativo ante la contracción del sector público. Este desplazamiento implica un aumento directo del gasto de bolsillo en una generación con alta demanda de servicios médicos.

Entre los baby boomers, el volumen total de personas atendidas se mantuvo relativamente estable, pasando de 11.94 millones en 2018 a 12.01 millones en 2024, pero la composición del acceso cambió de manera sustantiva. La atención en la Secretaría de Salud cayó de 2.73 millones a 1.92 millones, mientras que el IMSS se consolidó como el principal proveedor, incrementando sus atenciones de 3.59 millones a 3.74 millones. Sin embargo, el crecimiento más significativo se dio en los consultorios privados, que pasaron de 3.29 millones a 4.38 millones de personas atendidas, es decir, más de un millón adicional en apenas seis años. Este cambio refleja que incluso generaciones con historia laboral formal están recurriendo crecientemente al sector privado para resolver necesidades de salud.

La Generación X muestra uno de los desplazamientos más claros. El total de personas atendidas creció de 15.85 millones en 2018 a 16.78 millones en 2024, pero con una recomposición marcada. La atención en la Secretaría de Salud disminuyó de 3.9 millones a 2.83 millones, mientras que el IMSS aumentó ligeramente de 4.19 millones a 4.45 millones. En contraste, los consultorios privados absorbieron una parte sustancial de la demanda, incrementándose de 4.52 millones a 5.81 millones de personas atendidas. Este patrón sugiere que, para la generación en plena edad productiva, la atención médica se ha vuelto una combinación forzada entre sistemas públicos saturados y soluciones privadas pagadas directamente por los hogares.

Tabla 6. Estructura de atención médica por instituciones entre generaciones 2018

2018	Secretaría de Salud (hospitales y centros de salud otras)	IMSS	IMSS bienestar/antes prospera	ISSSTE estatal	Consultorios privados	Farmacias	Curandero	Total
Silenciosa (<=1945)	934,319	1,228,989	53876	297,632	1,233,209	236,506	27461	4,011,992
Boomers (1946-1964)	2,729,037	3,593,173	122764	1,009,776	3,293,228	1,082,900	110,843	11,941,721

Gen X (1965-1980)	3,905,919	4,196,455	167094	898,963	4,525,763	1,978,629	182,585	15,855,408
Millennials (1981-199)	4,309,096	4,280,528	159858	553,154	5,007,372	2,505,144	155,707	16,970,859
Gen Z (1997-2010)	5,218,561	3,080,962	233555	526,007	4,784,540	3,828,681	125,201	17,797,507
Gen Alfa (menores, si)	2,897,626	1,510,526	108813	212,780	3,333,050	2,514,316	40,998	10,618,109
	19,994,558	17,890,633	845,960	3,498,312	22,177,162	12,146,176	642,795	77,195,596

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

En los millennials, el fenómeno es aún más evidente. El número total de personas atendidas aumentó de 16.97 millones en 2018 a 18.79 millones en 2024, pero este crecimiento se explica casi exclusivamente por el sector privado. Mientras la atención en la Secretaría de Salud cayó de 4.31 millones a 3.17 millones, y el ISSSTE estatal se redujo de 553 mil a 195 mil, los consultorios privados crecieron de 5.0 millones a 6.34 millones de personas, y las farmacias pasaron de 2.5 millones a 3.77 millones. Esto indica que millones de millennials están resolviendo problemas de salud fuera de esquemas institucionales completos, recurriendo a consultas rápidas, atención fragmentada y gasto directo.

La Generación Z presenta una expansión aún más acelerada del acceso privado. Entre 2018 y 2024, el total de personas atendidas se mantuvo alto, pasando de 17.8 millones a 17.6 millones, pero con una clara sustitución institucional. La atención en la Secretaría de Salud se redujo de 5.21 millones a 3.17 millones, mientras que el IMSS apenas logró sostener niveles similares. En cambio, los consultorios privados crecieron de 4.78 millones a 5.70 millones, y las farmacias aumentaron de 3.83 millones a 4.88 millones de atenciones. Este patrón revela que la entrada de los jóvenes al sistema de salud ocurre cada vez más por vías de mercado y no por derechos institucionales consolidados.

Finalmente, en la Generación Alfa, el volumen total de personas atendidas aumentó de 10.6 millones en 2018 a 18.78 millones en 2024, reflejando tanto el crecimiento poblacional como una mayor demanda de atención. Sin embargo, este aumento se canalizó principalmente a través de consultorios privados, que pasaron de 3.33 millones a 6.53 millones, y de farmacias, que crecieron de 2.51 millones a 5.51 millones. Aunque el IMSS también incrementó su cobertura, la dependencia del sector privado en la atención infantil anticipa un modelo de salud crecientemente mercantilizado desde edades tempranas.

En conjunto, este cuadro muestra que entre 2018 y 2024 México experimentó un desplazamiento estructural de la atención médica, donde las instituciones públicas pierden capacidad relativa y el sector privado, consultorios y farmacias— se convierte en el principal amortiguador del sistema. Este cambio tiene implicaciones profundas: aumenta el gasto de bolsillo, fragmenta la atención, debilita la prevención y erosiona la noción de la salud como derecho social, especialmente para las generaciones jóvenes que crecerán sin una relación estable con un sistema público robusto

Tabla 7. Estructura de atención médica por instituciones entre generaciones 2024

2024	Secretaría de Salud (hospitales y centros de salud)	IMSS	IMSS bienestar	ISSSTE estatal	Consultorios privados	Farmacias	Curandero	Total
Silenciosa (<=1945)	397,043	713,995	60,540	34,983	1,059,963	182,514	6,451	2,455,489
Boomers (1946-1964)	1,924,887	3,736,370	282,563	191,395	4,383,334	1,418,357	72,812	12,009,718
Gen X (1965-1980)	2,833,657	4,447,883	369,395	241,835	5,809,326	2,955,992	118,510	16,776,598
Millennials (1981-199)	3,169,556	4,766,405	428,852	195,949	6,344,723	3,769,426	114,885	18,789,796
Gen Z (1997-2010)	3,169,002	3,256,375	391,507	130,739	5,703,226	4,880,745	100,640	17,632,234
Gen Alfa (menores, si)	3,529,482	2,530,306	511,432	122,883	6,528,878	5,514,801	49,238	18,787,020
Total	15,023,627	19,451,334	2,044,289	917,784	29,829,450	18,721,835	462,536	86,450,855

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

Parte 7. Condiciones de vivienda y acumulación patrimonial entre generaciones

El cuadro revela con gran claridad cómo la vivienda en México funciona como un marcador central de desigualdad generacional, donde la propiedad se concentra en las generaciones mayores y la precariedad habitacional se desplaza progresivamente hacia las generaciones más jóvenes. Lejos de tratarse sólo de un tema residencial, la vivienda aparece como un eje de acumulación patrimonial, seguridad económica y estabilidad social.

En la generación silenciosa, integrada por poco más de 3.1 millones de personas, la propiedad plena de la vivienda es abrumadoramente dominante. 2.6 millones viven en una vivienda propia ya pagada, lo que refleja trayectorias de vida en un contexto histórico donde el acceso a la tierra y a la vivienda era relativamente más alcanzable. Las formas de precariedad habitacional son marginales: apenas 122 mil personas viven en vivienda rentada, 257 mil en vivienda prestada, y 64 mil enfrentan situaciones de litigio. En términos estructurales, esta generación concentra un patrimonio habitacional sólido, que actúa como amortiguador frente a la vejez, la enfermedad y la pérdida de ingresos.

Entre los baby boomers, con una población de 16.5 millones, el patrón sigue siendo mayoritariamente propietario, pero ya muestra signos de transición. Casi 13 millones de personas viven en vivienda propia, mientras que 730 mil aún están pagando su vivienda, lo que indica procesos de endeudamiento tardío. Al mismo tiempo, más de 1 millón viven en vivienda rentada y 1.23 millones en vivienda prestada, cifras que, aunque menores en proporción, representan volúmenes significativos de población en situaciones menos estables. La existencia de 460 mil viviendas en litigio o intestados anticipa conflictos patrimoniales y familiares que pueden afectar la transmisión intergeneracional de la riqueza.

La Generación X, con 25 millones de personas, marca el punto de inflexión. Aunque 16.5 millones viven en vivienda propia, el número de personas en esquemas no definitivos crece de manera importante. 2.7 millones viven en vivienda rentada, 2.3 millones en vivienda prestada y 2.8 millones están pagando su vivienda, lo que revela una generación que accede a la propiedad, pero bajo condiciones financieras más exigentes y con mayor exposición al riesgo económico. Además, 564 mil personas enfrentan problemas de litigio, lo que sugiere una creciente complejidad legal en la tenencia de la vivienda.

Tabla 8. Estructura patrimonial entre generaciones

	Rentada	Prestada	Es propia pero la están pagando	Es propia	Está intestada o en litigio	Otra situación	
Silenciosa (<=1945)	122,453	257,018	52,427	2,615,690	64,145	12,377	3,124,110
Boomers (1946-1964)	1,064,406	1,230,114	730,709	12,968,264	460,797	54,426	16,508,716
Gen X (1965-1980)	2,696,707	2,347,050	2,821,426	16,492,168	564,561	112,226	25,034,138
Millennials (1981-199)	5,385,548	3,551,199	3,997,934	15,830,600	565,263	103,763	29,434,307
Gen Z (1997-2010)	4,793,610	3,598,291	3,180,587	17,165,161	537,236	130,535	29,405,420
Gen Alfa (menores, si)	4,679,619	3,569,330	3,267,994	14,776,220	422,152	103,963	26,819,278
Total	18,742,343	14,553,002	14,051,077	79,848,103	2,614,154	517,290	130,325,969

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

En los millennials, con 29.4 millones de integrantes, la transformación es aún más evidente. Aunque 15.8 millones viven en vivienda propia, esta cifra ya no representa una mayoría cómoda frente al tamaño de la generación. 5.38 millones viven en vivienda rentada, 3.55 millones en vivienda prestada y casi 4 millones están pagando su vivienda, lo que muestra una fuerte dependencia del crédito, del mercado de renta y de arreglos familiares. La propiedad deja de ser un punto de llegada temprano y se convierte en una meta diferida o incierta. La presencia de 565 mil casos de vivienda en litigio añade una capa adicional de vulnerabilidad jurídica y patrimonial.

La Generación Z, con una población similar, presenta un patrón todavía más frágil. 17.16 millones viven en vivienda propia, pero esta cifra está fuertemente mediada por la dependencia del hogar familiar. Al mismo tiempo, 4.79 millones viven en vivienda rentada, 3.6 millones en vivienda prestada y 3.18 millones están pagando su vivienda, lo que refleja una inserción habitacional marcada por la inestabilidad y la postergación de la autonomía residencial. Más de 537 mil personas enfrentan situaciones de litigio, lo que anticipa conflictos patrimoniales en etapas tempranas del ciclo de vida.

Finalmente, la Generación Alfa, integrada por 26.8 millones de menores, muestra un patrón que no es propio, sino heredado. 14.8 millones viven en vivienda propia,

pero esta propiedad corresponde a los adultos responsables del hogar. Al mismo tiempo, 4.67 millones viven en vivienda rentada y 3.57 millones en vivienda prestada, lo que significa que millones de niñas y niños crecen en contextos habitacionales inestables. La presencia de 3.26 millones de viviendas en proceso de pago indica que una parte relevante de esta generación se socializa en hogares altamente endeudados, con efectos potenciales sobre su bienestar futuro.

En conjunto, este cuadro muestra que la vivienda en México ha dejado de ser un bien de acceso generalizado para convertirse en un factor de reproducción de la desigualdad intergeneracional. Las generaciones mayores concentran la propiedad plena, mientras que las generaciones jóvenes enfrentan rentas elevadas, endeudamiento prolongado y dependencia familiar. Esta dinámica no sólo limita la movilidad social, sino que condiciona la formación de hogares, la fecundidad, el ahorro y la estabilidad política en el largo plazo.

Parte 8. Del matrimonio tradicional a la soltería prolongada: cambios generacionales en la vida familiar

A partir del cuadro sobre estructura conyugal por generación, se observa con claridad que la forma en que las personas se vinculan afectiva y familiarmente en México está profundamente determinada por el momento histórico en el que nacieron, y que estas diferencias no son marginales, sino estructurales y masivas en términos poblacionales.

En la generación silenciosa, integrada por personas de 78 años o más, la vida conyugal está dominada por la viudez. De cada 100 personas de esta generación, 54.5 son viudas, lo que refleja directamente la etapa avanzada del ciclo de vida, pero también la persistencia histórica de matrimonios tempranos y de larga duración. A ello se suma que 23.9 personas permanecen casadas tanto por el civil como por la iglesia, mientras que apenas 3 personas viven en unión libre y 4.9 están solteras. En términos absolutos, esto implica que más de 1.7 millones de personas mayores viven en viudez, lo que tiene implicaciones directas en necesidades de cuidados, redes de apoyo y dependencia institucional. La separación y el divorcio son fenómenos marginales en esta generación, con menos de 6 personas de cada 100 en conjunto, reflejando normas sociales rígidas sobre la disolución del matrimonio.

En los baby boomers, con edades entre 60 y 78 años y una población superior a 16.5 millones de personas, se observa una estructura aun mayoritariamente matrimonial, pero ya con signos de transición. De cada 100 boomers, 37.4 están casados por el civil y la iglesia, 13.1 sólo por el civil, y 8.9 viven en unión libre. La viudez sigue siendo relevante, con 19.2 personas de cada 100, lo que en términos absolutos representa más de 3 millones de viudos, pero ya se observa una mayor presencia de separación y divorcio, que en conjunto alcanzan 11.1 personas de cada 100. Esto marca el inicio de una ruptura generacional con el modelo familiar rígido del siglo XX, aunque todavía bajo una lógica predominantemente matrimonial.

La Generación X, con aproximadamente 25 millones de personas, representa un punto de inflexión claro. Aquí el matrimonio sigue siendo importante, pero pierde centralidad absoluta. De cada 100 personas, 32.5 están casadas por el civil y la iglesia, mientras que 17.6 sólo por el civil y 17.8 viven en unión libre. La suma de estas tres categorías muestra que más de dos terceras partes mantienen algún tipo de vida en pareja, pero bajo arreglos mucho más diversos. Al mismo tiempo, la soltería aumenta a 10.2 personas de cada 100, y la separación y el divorcio alcanzan 13.9 en conjunto, cifras que en términos absolutos implican varios millones de trayectorias familiares interrumpidas o redefinidas. La viudez, en contraste, desciende de forma abrupta a 4.5 de cada 100, reflejando la edad productiva de esta generación.

Entre los millennials, con cerca de 29.4 millones de personas, el cambio es todavía más pronunciado. Sólo 17 de cada 100 están casados por el civil y la iglesia, mientras que 29.1 viven en unión libre y 22 permanecen solteros. En términos poblacionales, esto implica que más de 6 millones de millennials viven en unión libre y otros 6.5 millones no han establecido ningún vínculo conyugal formal. El matrimonio religioso deja de ser el eje organizador de la vida adulta y es sustituido por arreglos más flexibles y reversibles. La separación y el divorcio siguen presentes, con 10.9 personas de cada 100, mientras que la viudez prácticamente desaparece, con apenas 1.1 de cada 100, lo que confirma que esta generación aún se encuentra en fases intermedias del ciclo vital.

Tabla 9. Estructura conyugal por generación

	Unión libre	Está casada(o) solo por el civil	Está casada(o) solo religiosamente	Está casada(o) civil y religiosamente	Está separada(o)	Está divorciada(o)	Es viuda(o)	Está soltera(o)	Total
Silenciosa (<=1945)	3.0	6.1	2.2	23.9	3.7	1.7	54.5	4.9	100
Boomers (1946-1964)	8.9	13.1	3.6	37.4	7.3	3.8	19.2	6.8	100
Gen X (1965-1980)	17.8	17.6	3.5	32.5	9.4	4.5	4.5	10.2	100
Millennials (1981-199)	29.1	17.4	2.7	17.0	8.7	2.2	1.1	22.0	100
Gen Z (1997-2010)	14.2	3.3	0.4	1.3	2.6	0.2	0.1	77.8	100
Gen Alfa (menores, si)	0.1	0.0	0.0	0.0	0.1	0.0	0.1	99.7	100
Total	17.4	11.9	2.3	18.9	6.5	2.3	5.9	34.9	100

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

La Generación Z, con una población similar a la de los millennials, pero con edades entre 14 y 27 años, presenta una estructura radicalmente distinta. De cada 100 personas, 77.8 están solteras, lo que equivale a más de 22 millones de jóvenes sin vínculo conyugal alguno. El matrimonio, en cualquiera de sus formas, es prácticamente inexistente: sólo 1.3 personas de cada 100 están casadas por el civil

y la iglesia, y apenas 3.3 sólo por el civil. La unión libre alcanza 14.2 personas, reflejando que incluso las relaciones no institucionalizadas se posponen. La separación, el divorcio y la viudez son estadísticamente irrelevantes, lo que confirma que esta generación aún no ingresa plenamente al ciclo familiar tradicional, y que lo hará, si lo hace, bajo reglas muy distintas a las de sus predecesores.

Finalmente, la Generación Alfa, integrada por menores de edad, muestra un patrón extremo y lógico: 99.7 de cada 100 son solteros, lo que equivale a más de 26.7 millones de personas sin vínculo conyugal. Todas las demás categorías son prácticamente nulas, lo que refuerza la idea de que el sistema familiar del futuro se está formando en un contexto donde el matrimonio ha dejado de ser el punto de partida natural de la vida adulta.

En conjunto, este cuadro revela una transición profunda del modelo familiar mexicano, que pasa de la viudez y el matrimonio estable en las generaciones mayores, a la unión libre, la soltería prolongada y la postergación del compromiso en las generaciones jóvenes. Este cambio no es sólo cultural: tiene efectos directos sobre vivienda, fecundidad, cuidados, protección social y cohesión comunitaria, y anticipa un país donde las políticas públicas seguirán enfrentándose a estructuras familiares cada vez más fragmentadas y heterogéneas.

Parte 9. La redistribución generacional del Estado: beneficios públicos y exclusión por generación

La distribución de los beneficios gubernamentales por generación revela con claridad una reorientación del Estado social mexicano hacia un esquema profundamente generacional, donde la probabilidad de recibir apoyos públicos depende menos de la condición económica inmediata y más de la posición etaria dentro del ciclo de vida. Entre las generaciones mayores, el acceso a beneficios es prácticamente universal. En la generación silenciosa, de cada 100 personas, 94 reciben algún beneficio del gobierno y sólo 6 no acceden a ningún apoyo, lo que refleja un modelo de protección concentrado en la vejez, asociado tanto a pensiones contributivas como no contributivas y a programas asistenciales vinculados a la edad avanzada. Este patrón se mantiene, aunque con menor intensidad, entre los Baby Boomers: 66 de cada 100 reciben beneficios, mientras 34 no los reciben, lo que marca una transición desde la cobertura casi total hacia un esquema más selectivo conforme se desciende en edad.

El quiebre más relevante aparece a partir de la Generación X. En esta generación, el patrón se invierte: de cada 100 personas, 74 no reciben beneficios gubernamentales y sólo 26 sí lo hacen. Este dato es políticamente central, porque la Generación X concentra buena parte de la población en edad productiva avanzada, con alta participación laboral, responsabilidades familiares y presión económica, pero con un acceso notablemente reducido a transferencias públicas. La exclusión relativa de esta generación evidencia que el sistema de protección no acompaña el momento de mayor carga económica del ciclo de vida, trasladando el riesgo hacia el mercado laboral y los hogares.

Esta lógica se profundiza entre Millennials y Generación Z. En el caso de los Millennials, 76 de cada 100 personas no reciben ningún beneficio del gobierno, y apenas 24 acceden a algún apoyo, a pesar de tratarse de una generación con altos niveles educativos, inserción laboral fragmentada y crecientes dificultades para acceder a vivienda, seguridad social y patrimonio. La Generación Z reproduce un patrón casi idéntico: 74 de cada 100 no reciben beneficios y sólo 26 sí los reciben, lo que confirma que la política social no está diseñada para acompañar trayectorias laborales inestables ni procesos de transición al mercado de trabajo cada vez más prolongados.

La situación de la Generación Alfa resulta particularmente reveladora del enfoque actual del Estado. Aun tratándose de menores de edad, 76 de cada 100 no reciben beneficios gubernamentales, mientras apenas 24 sí acceden a algún apoyo, lo que sugiere que la política social dirigida a la infancia no logra una cobertura amplia ni sistemática. Este dato es crítico desde una perspectiva intergeneracional: la generación que concentra el mayor crecimiento demográfico es también una de las menos cubiertas por transferencias públicas, lo que anticipa riesgos de reproducción de la desigualdad en el mediano y largo plazo.

En conjunto, el panorama agregado confirma esta lectura estructural. En promedio, 68 de cada 100 personas en México no reciben beneficios gubernamentales, mientras 32 sí lo hacen, pero esta cifra oculta una distribución altamente desigual por generación. El Estado mexicano opera, en los hechos, como un Estado social focalizado en la vejez, con una cobertura decreciente conforme se avanza hacia generaciones más jóvenes. Desde una óptica político-institucional, esto implica que la política social no funciona como un sistema universal de protección a lo largo del ciclo de vida, sino como un mecanismo compensatorio tardío, que llega cuando las capacidades productivas ya se han agotado.

Tabla 10. Estructura de la distribución generacional del Estado

	No recibe beneficios de gobierno	Recibe beneficios de gobierno	Total
Silenciosa (<=1945)	5.9	94.1	100.0
Boomers (1946-1964)	33.9	66.1	100.0
Gen X (1965-1980)	74.3	25.7	100.0
Millennials (1981-199)	75.6	24.4	100.0
Gen Z (1997-2010)	73.9	26.1	100.0
Gen Alfa	76.2	23.8	100.0
	68.1	31.9	600.0

Fuente: Elaboración propia con datos de la ENIGH 2024

Esta configuración tiene implicaciones profundas. Por un lado, refuerza la dependencia de los adultos mayores respecto del Estado, consolidando su centralidad política. Por otro, deja a las generaciones activas y jóvenes expuestas

al mercado, sin amortiguadores públicos suficientes frente a la precariedad laboral, la informalidad y la falta de seguridad social. El resultado es una transferencia implícita del riesgo social desde el Estado hacia los individuos y los hogares, que tensiona el contrato social y redefine las expectativas intergeneracionales sobre el papel del gobierno. En este sentido, la política de beneficios no sólo redistribuye ingresos, sino que redistribuye seguridad y vulnerabilidad entre generaciones.

Conclusión

El análisis integral de la evidencia presentada confirma que México enfrenta hoy una desigualdad generacional de carácter estructural, no coyuntural, que atraviesa de manera simultánea la educación, el trabajo, la seguridad social, la salud, la vivienda, la vida familiar y la relación con el Estado. Las brechas observadas no responden únicamente a diferencias naturales del ciclo de vida, sino a un deterioro progresivo de la capacidad institucional para acompañar a las generaciones en las etapas críticas de su trayectoria vital. En este sentido, la desigualdad no sólo se hereda, se produce activamente a través de instituciones que protegen tarde, cubren de forma incompleta y excluyen de manera temprana.

Desde una perspectiva crítica, el patrón que emerge es el de un Estado social invertido. La protección pública se concentra de forma creciente en las generaciones mayores —especialmente en la Generación Silenciosa y, en menor medida, en los Baby Boomers— mientras que las generaciones en edad productiva y formativa quedan sistemáticamente expuestas al mercado, a la informalidad y a la autofinanciación del riesgo. Mientras más del 90 % de la generación silenciosa recibe beneficios gubernamentales, cerca de tres cuartas partes de la Generación X, los Millennials y la Generación Z no reciben ningún apoyo del Estado, a pesar de enfrentar mayores niveles de precariedad laboral, desprotección social y dificultades patrimoniales.

El Estado interviene con fuerza cuando la capacidad productiva ya se agotó, pero se retira cuando las personas están construyendo su vida laboral, formando hogares y asumiendo la mayor carga económica y social. El resultado es una transferencia silenciosa del riesgo desde el Estado hacia los individuos, las familias y las redes informales, con consecuencias acumulativas en el tiempo.

La educación ilustra con claridad esta paradoja. Las generaciones jóvenes son, objetivamente, las más educadas en la historia del país. Sin embargo, esta acumulación de capital educativo no se traduce en seguridad laboral, acceso a seguridad social ni movilidad patrimonial. La promesa meritocrática se vacía de contenido, **estudiar más ya no garantiza vivir mejor**. Este quiebre erosiona la legitimidad del sistema educativo como mecanismo de movilidad y alimenta una percepción extendida de frustración estructural, especialmente entre Millennials y Generación Z.

En el mercado laboral, la evidencia muestra una sobrecarga evidente sobre la Generación X y los Millennials, que concentran la mayor participación productiva,

pero lo hacen bajo esquemas crecientemente informales, fragmentados y sin derechos. La alta proporción de personas no ocupadas sin ingreso en edades plenamente activas revela fallas profundas en la capacidad del mercado de trabajo para integrar de manera estable a amplios segmentos de la población. Esta desconexión productiva no es marginal, representa millones de trayectorias truncadas que comprometen el crecimiento económico, la recaudación fiscal y la sostenibilidad futura de la seguridad social.

La seguridad social, lejos de funcionar como un derecho universal, se ha convertido en un privilegio generacional decreciente. Las generaciones jóvenes ingresan a la vida adulta con menores probabilidades de cotizar, de acumular semanas de contribución y de acceder a una pensión futura. Este fenómeno anticipa una crisis intergeneracional de gran magnitud, una vejez futura masiva sin pensiones suficientes, sin ahorro patrimonial y con sistemas de salud debilitados.

El desplazamiento hacia la atención médica privada y de farmacias refuerza esta lectura crítica. Entre 2018 y 2024, el retroceso de las instituciones públicas ha sido compensado no por un fortalecimiento estatal, sino por el gasto de bolsillo de los hogares, incluso entre poblaciones afiliadas formalmente. Esto implica una mercantilización de la salud que castiga con mayor severidad a las generaciones jóvenes y a los hogares con menores ingresos, profundizando la desigualdad y debilitando la noción de la salud como derecho social.

La vivienda, por su parte, confirma que la acumulación patrimonial está cerrándose generacionalmente. Mientras las generaciones mayores concentran la propiedad plena, las generaciones jóvenes enfrentan rentas elevadas, endeudamiento prolongado y dependencia familiar. La vivienda deja de ser un mecanismo de estabilidad y se convierte en un factor de vulnerabilidad, con efectos directos sobre la formación de hogares, la fecundidad y la cohesión social.

Desde un ángulo político, este conjunto de tensiones tiene implicaciones profundas. Un Estado que protege tarde y excluye temprano construye una base electoral envejecida, dependiente de transferencias, mientras genera generaciones jóvenes más educadas, más críticas, pero también más desconfiadas y desvinculadas de las instituciones. La consecuencia es una fractura generacional del vínculo Estado-ciudadano: lealtad y dependencia en las generaciones mayores; escepticismo, volatilidad y desafección en las generaciones jóvenes.

En suma, la evidencia sugiere que México no enfrenta simplemente un problema de desigualdad social, sino una crisis de coherencia intergeneracional del Estado. Sin una reorientación profunda de la política pública hacia un enfoque de ciclo de vida —que proteja en la infancia, acompañe en la inserción laboral, garantice derechos en la adultez y asegure dignidad en la vejez— la desigualdad tenderá a reproducirse y amplificarse. El riesgo no es sólo económico o social, es político. Un país donde las generaciones sienten que el sistema no funciona para ellas es un país con un contrato social erosionado y con una estabilidad democrática crecientemente frágil.